

SALOMÉ



191

RAMA MUSICAL DE *Wilde*
RICARDO STRAUSS

9873

SALOMÉ

SALOMÉ

DRAMA MUSICAL EN UN ACTO

LIBRO DE

OSCAR WILDE

MÚSICA DE

RICARDO STRAUSS

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

SEGUIDA DE UNA GUÍA TEMÁTICA

POR

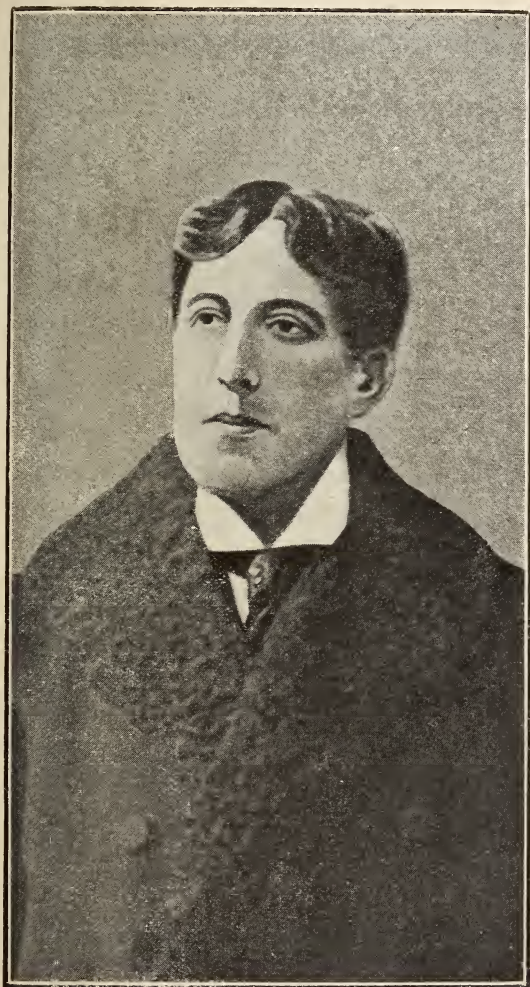
LUIS PARÍS

Librería General de Victoriano Suárez.

Preciados, 48 - MADRID

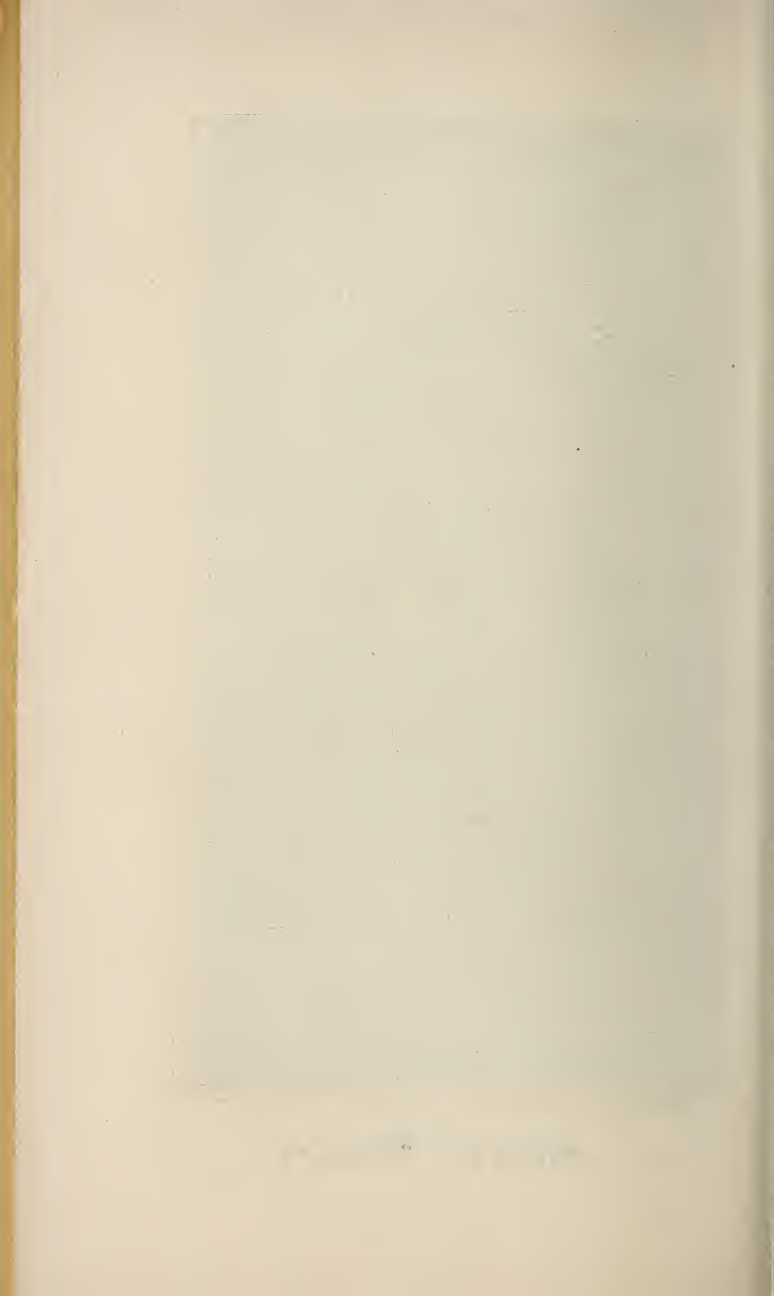
1910

IMPRESA DE DOMINGO BLANCO
Libertad, 31 - MADRID



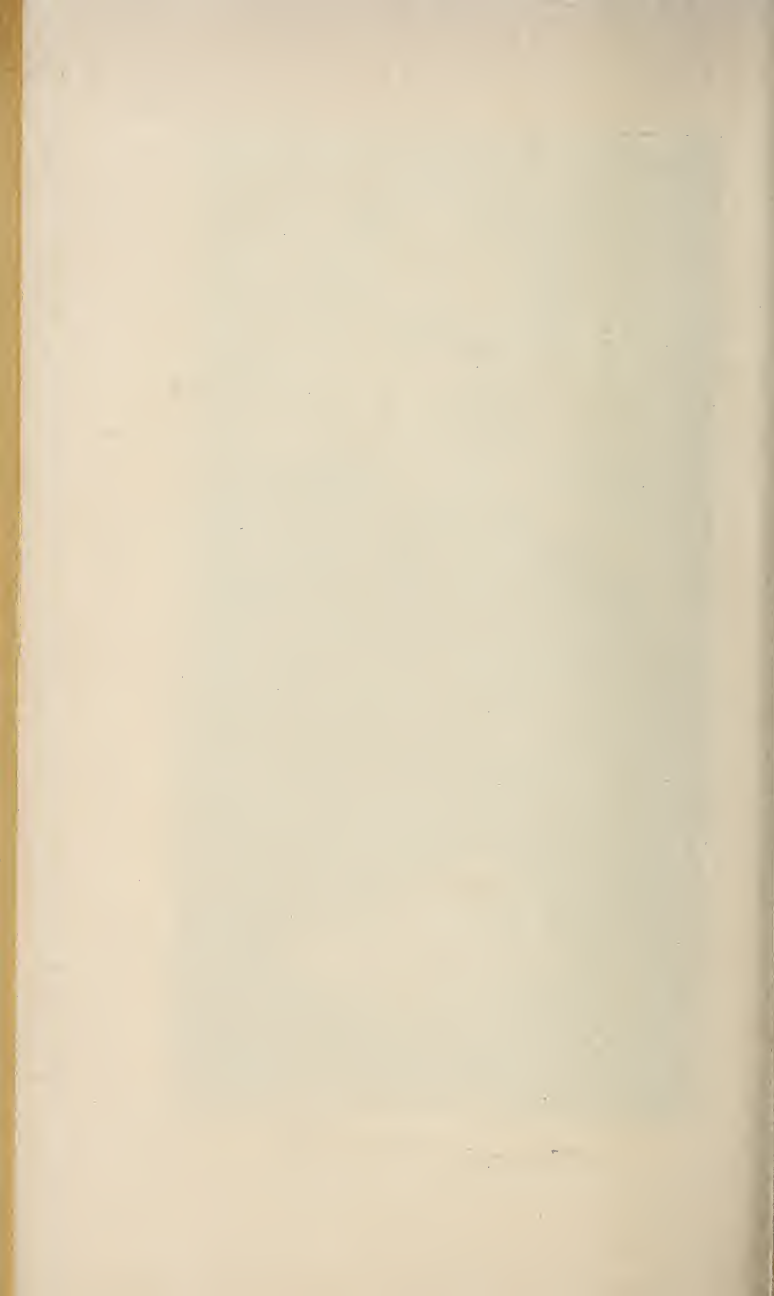
Oscar Wilde

672829





Ricardo Strauss



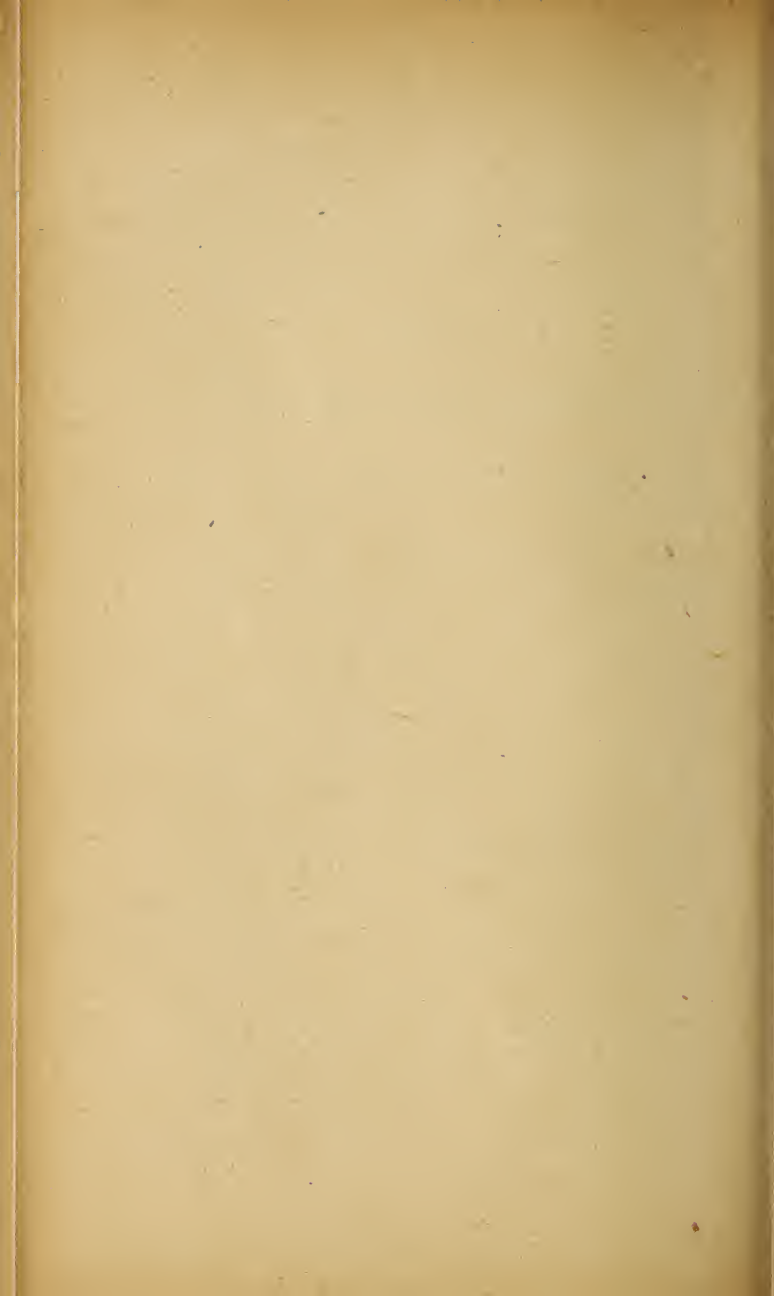
A mis queridos amigos

D. Luis Calleja y D. Antonio Boceta

con un apretón de manos.

L. P.

2-10-910.





OSCAR WILDE⁽¹⁾

El éxito creciente de la ópera que Strauss compuso sobre el drama *Salomé*, de Oscar Wilde, ha promovido en toda Europa un movimiento de piadosa ternura para el desventurado poeta.

En estas mismas columnas de *El Liberal*, hace poco tiempo, con el propósito de estimular á la perezosa Dirección del Teatro Real para que sirviese al público madrileño las primicias de *Salomé*, hice una rápida reseña de la nueva obra de Ricardo Strauss, á quien sus compatriotas complácense en presentar como un "Super-Wagner"; pero la extinguida empresa de aquel teatro, sorda para toda reclamación de índole artística, prosiguió inalterable cultivando los "divos" en su propia salsa...

Esto es lo de menos. Nuestra cultura musical no había de renovarse así, de golpe, por un "estreno" aislado, y aunque pasen muchos

(1) En Abril de 1907 publiqué este artículo en "El Liberal". Su reproducción aquí me parece más oportuna que todo otro apéndice. Podría tomarse como una exhumación "in memoriam" ó como un desquite...

años antes de que Madrid sancione la *Salomé*, de Strauss, siempre tendremos *El Liberal* y yo la honra de haber sido los primeros en alabarla.

Y ya en el camino de las obras de misericordia, insistiré, recogiendo de la prensa europea el fresco ramo de flores que, aunque tarde, van dejando caer sus contemporáneos sobre la sepultura del autor de un drama que ha necesitado las sonoridades straussianas para llamar la atención del gran público.

Salomé fué escrito en admirable prosa francesa en 1892 y publicado con extrañas ilustraciones de Aubrey Beardsley. En Londres no se pudo representar, porque los censores ingleses, como ahora los yanquis, consideraron irrespetuosa para la Biblia la cabeza cortada de Jokanaán. Wilde, despechado, pensó un instante en naturalizarse francés, y pocas semanas después el autor aplaudido, el poeta en moda, condenado por el Criminal Law Amendment Act, escribía desde el fondo de la prisión de Holloway á Sarah Bernhardt, ofreciéndole todos sus derechos sobre *Salomé* á cambio de un puñado de francos.

Mucho tiempo antes de su condena había soñado en verlo representar en un escenario francés. "Su postura en escena—decía—es muy difícil... *Salomé* debería tener los cabellos... azules..." Eran aquellos tiempos los de sus grandes triunfos, de sus paradojas en catarata, de los sortijones bizantinos adornando sus manos y las orquídeas verdes ornando su chorrera de encaje, de sus artículos pagados por cientos de libras en *Reviews* y *Magazines*...

Wilde era célebre... Era *the man of fashion*. Asombraba á Inglaterra y sorprendía á París,

y en New York se hacía preceder de pregoneiros que gritaban:—¡Ahí está! ¡Ahí viene! ¡Oscar Wilde el gran esteta!, mientras contestaba aburrido á las informaciones de la prensa americana que le preguntaban su opinión:

—América me fastidia. La travesía es trivial. En el Atlántico ya no hay tormentas...

Roberto Sherard acaba de publicar un volumen consagrado al prisionero de Reading Gaol. En sus páginas cuenta detalladamente la vida de Oscar Wilde, enfermo, hijo degenerado de un célebre oculista y de una poetisa, que ambicionando tener una hija, para consolar su desengaño, vistió durante muchos años al pobre niño con galas femeninas, adornándole con joyas como á un idolillo indiano y dejando en su tierno carácter, impreso para toda la vida; la timidez, la indecisión, la abulia, que habían de arrastrarle hasta los infectos callejones que bordean el Támesis obscuro.

Y llegó un día en que la multitud contemplaba en Claphan Junction á un hombre que con el traje gris de los "convictos", empapado de agua, yerto de frío, se tambaleaba entre los dos "policemen" que le conducían, y mientras la gentuza reía, cruel, apostrofando al preso, él, Oscar Wilde el magnífico, lloraba...

Durante dos años el "gran esteta", convertido en el "C. 3. 3." de la prisión de Reading, permaneció sumido en el olvido y el silencio. Wilde aprendió en aquel tiempo la Sencillez y la Humildad, esas dos grandes enseñanzas del Dolor, y poniendo al descubierto todas las heridas de su alma atenazada, entregó al público sus remordimientos y sus penas en el *De profundis!*, libro de sinceridad admirable.

Aquel hombre, para quien la vida fué un

accidente, pensó en que alrededor suyo había otros hombres que volverían á ser libres, y que era preciso evitar su recaída... y aquel esceptico, que, según él mismo ha dicho, "fluctuaba entre Gilles de Retz y el marqués de Sade", compró libros para la biblioteca de los presos, para sus compañeros de cárcel.

"He soñado demasiado — dijo entonces. — Todo mal procede de eso. Contemplamos la Naturaleza sin vivirla." Su *De profundis!* es un grito de odio contra la literatura malsana, contra los "que peroran ante el sol poniente y discuten para saber si la sombra de la hierba es malva ó azul".

Cuando salió de la cárcel vivió en París con un nombre fingido en un cuartito miserable de la calle de Beaux Arts. Cuando expiró, sólo estaba en la cabecera de su cama el patrón de la casa. Tuvo el pudor de morir olvidado, recitando acaso uno de los primeros versos de la *Balada de Reading Gaol*:

Yet each man kills the thing he loves.

SALOMÉ

DRAMA MUSICAL



Representado por primera vez en Dresde,
el 9 de Diciembre de 1905



PERSONAJES

HERODES, Tetrarca de Judea.

HERODÍAS, su mujer.

SALOMÉ, hija de Herodías.

JOKANAÁN, el profeta.

NARRABOTH, centurión.

EL PAJECILLO de Herodías.

CINCO JUDÍOS.

DOS NAZARENOS.

DOS SOLDADOS.

EL CAPADOCIO.

UN ESCLAVO.

NAANAN, verdugo.

Judíos, soldados, esclavos, etc.





ACTO ÚNICO

Extensa terraza en el palacio de Herodes. A la derecha la entrada al salón de los festines. Al fondo y á la izquierda, una vieja cisterna. Comienza la noche.

ESCENA PRIMERA

NARRABOTH

(*Contemplando el interior de la sala de los festines.*) ¡Qué hermosa está hoy la princesa Salomé!

EL PAJECILLO DE HERODÍAS (*para distraerle.*)

Mira la luna, ¡qué aspecto tiene más extraño! Diríase una mujer que sale de la tumba... (1).

Para facilitar un tanto la exposición de los temas fundamentales del drama musical, en sucesivas llamadas enumeraremos su aparición en la partitura, siguiendo siempre la nomenclatura del Cuadro sinóptico inserto al final de este volumen.

(1) Salomé I.—Narraboth.

NARRABOTH

¡En verdad que es extraño su aspecto! Parece una princesa con pies de palomita blanca... Diríase que baila... (1).

EL PAJECILLO

Es como una mujer muerta... Anda lentamente... (*Tumulto en la sala de los festines*) (2).

SOLDADO 1.º

¡Qué alboroto! ¡Qué fieras son esas que aullan?

SOLDADO 2.º

Son judíos. ¡Siempre lo mismo! Discuten su religión.

SOLDADO 1.º

Ridícula me parece la disputa.

NARRABOTH

¡Qué hermosa está hoy la princesa Salomé! ¡Qué hermosa!

EL PAJECILLO

La miras demasiado. No se debe mirar de esa manera... Podría acarrearle una desgracia (3).

NARRABOTH

¡Esta noche me parece muy hermosa!

(1) Patas de paloma.—Salomé I.

(2) Judíos I. II. III. IV.

(3) Reconvención del pajecillo.

SOLDADO 1.º

(*Mirando al interior de la sala.*) Sombrío está el Tetrarca.

SOLDADO 2.º

Sí; muy sombrío.

SOLDADO 1.º

¿Qué mira?

SOLDADO 2.º

No lo sé.

NARRABOTH

¡Qué pálida está la princesa! ¡Nunca la vi así! Parece el cándido reflejo de blanca rosa sobre un espejo de plata (1).

EL PAJECILLO

¡No la mires! La miras demasiado. ¡No la mires tanto!

LA VOZ DE JOKANAÁN

(*Desde el fondo de la cisterna.*) Tras mí vendrá otro mucho más santo, del cual ni siquiera soy digno de desatar la correa de sus sandalias... Cuando él venga, se alegrará la tierra desierta. Los ojos de los ciegos verán el día, y se abrirán los oídos de los sordos (2).

SOLDADO 2.º

¡Hacedle callar!

(1) Angustia de Salomé.

(2) Jokanaán y Profecía del Cristo.

SOLDADO 1.º

¿Por qué? Es un buen hombre.

SOLDADO 2.º

Sólo dice disparates.

SOLDADO 1.º

Por el contrario... Cuando le doy de comer, todos los días, me da las gracias con efusión...

EL CAPADOCIO

Y ¿quién es ese hombre?

SOLDADO 1.º

Un profeta.

EL CAPADOCIO

¿Cómo se llama?

SOLDADO 1.º

Jokanaán.

EL CAPADOCIO

¿De dónde viene?

SOLDADO 1.º

Del desierto; seguía le multitud de discípulos.

EL CAPADOCIO

¿Y qué dice?

SOLDADO 1.º

Es imposible comprenderlo.

EL CAPADOCIO

¿Se le puede ver?

SOLDADO 1.º

No. El Tetrarca lo tiene prohibido.

NARRABOTH

La princesa se levanta de la mesa, mostrando en su semblante el fastidio... ¡Ah, viene hacia aquí! ¡Se acerca á nosotros! ¡Qué pálida está! ¡Nunca la he visto tan pálida como hoy!

EL PAJECILLO

¡No la mires! (1).

NARRABOTH

Parece una paloma extraviada... (*Entra Salomé visiblemente agitada.*)

ESCENA II

SALOMÉ

No quiero estar más ahí dentro... ¡Por qué el Tetrarca me mira insistente con ojos de topo, bajo los párpados temblones?... Extraño me parece que el marido de mi madre me mire así... ¡Qué aire tan fresco corre en este sitio! ¡Aquí se respira!... Allá adentro hay judíos de Jerusalén, que parecen descoyuntarse con sus grotescas ceremonias; egipcios sutiles y silenciosos; romanos brutales de grosero lenguaje... ¡Ah, cuánto detesto á los romanos! (2).

(1) Voluntad de Salomé.

(2) Salomé II.—Angustia.—Placidez.

EL PAJECILLO

(A Narraboth.) ¡Por qué sigues mirando? ¡Buscas tu desgracia!

SALOMÉ

(Desde el parapeto de la terraza.) ¡Qué gozo se siente al contemplar la luna! Parece una florecita de plata. Fría y casta, bella como una virgen.

LA VOZ DE JOKANAÁN

¡El Señor ha llegado! ¡El Hijo del Hombre está entre nosotros!

SALOMÉ

¿Quién grita de ese modo?

SOLDADO 2.º

Es el profeta, princesa.

SALOMÉ

¡Ah, el profeta! ¿El espanto del Tetrarca?

SOLDADO 2.º

No sabemos, princesa. Es el profeta Jokanaán.

NARRABOTH

¿Queréis que envíe por la litera, princesa? En el jardín florido podéis gozar mejor de tan hermosa noche.

SALOMÉ

Dice cosas monstruosas de mi madre, ¿no es cierto?

SOLDADO 1.º

No comprendemos nunca lo que dice.

SALOMÉ

Sí; cuenta de ella mentiras terribles...
(*Entra un esclavo.*)

EL ESCLAVO

Princesa; el Tetrarca os suplica que volváis al festín.

SALOMÉ

No quiero volver.

NARRABOTH

Princesa; mejor sería que volviéseis. Permitid que os acompañe...

SALOMÉ

(*Al soldado 1.º*) ¡Es muy viejo el profeta?

SOLDADO 1.º

No, princesa; muy joven.

LA VOZ DE JOKANAÁN

No te alboroces, tierra de Palestina, aunque se haya roto el látigo con que te azotaban, pues la raza de la serpiente engendrará un basilisco que devore los pájaros (1).

SALOMÉ

¡Qué voz tan extraña! ¡Quiero hablarle!

(1) Anunciación del basilisco.

SOLDADO 2.º

Imposible, princesa. El Tetrarca ha prohibido que nadie le hable, ni aun el Gran Sacerdote.

SALOMÉ

¡Quiero hablarle!

SOLDADO 2.º

¡Imposible, princesa!

SALOMÉ

(*Con más violencia.*) ¡Lo quiero! (*A los soldados.*) Sacad de ahí al profeta.

SOLDADO 1.º

No nos atrevemos, princesa.

SALOMÉ

(*Asómase al brocal de la cisterna y mira al interior.*) ¡Qué obscuro está! Vivir en un antro tan negro debe ser horrible. ¡Parece una tumba! (*A los soldados.*) ¿No me habéis oído? ¡Sacadle de ahí!, ¡quiero verle! (*Mirando á Narraboth.*)

SOLDADO 1.º

¡No nos pidáis eso, princesa.

EL PAJECILLO

(*Asustado.*) ¡Ah! ¡No puede menos de acaecer alguna desgracia!

SALOMÉ

(*Acercándose á Narraboth y hablándole dulce y vivamente.*) Tú lo harás por mí, ¿verdad, Narraboth, que lo harás? Siempre

fuí amable y buena contigo. ¡Verdad que me quieres complacer? Sólo deseo verle. ¡Se ha hablado tanto de él! El Tetrarca le nombra con frecuencia... Estoy segura de que le teme.

NARRABOTH

El Tetrarca tiene terminantemente prohibido que se levante la tapa de la cisterna (1).

SALOMÉ

(*Insinuante.*) Lo harás por mí, Narraboth; mañana al pasar en mi litera por la puerta de los vendedores de ídolos, dejaré caer para tí una florecilla verde...

NARRABOTH

No puedo, princesa, no puedo.

SALOMÉ

(*Sonriente y seductora.*) ¡Lo harás por mí, Narraboth! (*Con decisión.*) ¡Lo harás por mí! Y mañana te miraré al través de mis velos de muselina. ¡Narraboth!... y acaso te dirija también una sonrisa... ¡Narraboth, mírame!... ¡Oh!, sé que accederás á mis deseos... ¡Lo sé!...

NARRABOTH

(*Con gesto enérgico á los soldados.*) Sa-

(1) Cisterna.

cad al profeta. La princesa Salomé desea verle.

SALOMÉ

¡Ah! (1).

ESCENA III

(Los soldados, abren la cisterna y el profeta aparece pálido y rígido. Al verle Salomé retrocede contemplándole absorta.)

JOKANAÁN

¿Dónde está el que posee la copa rebo-
sante de abominaciones? ¿Dónde está el
que un día, vestido de plata, ha de morir
delante del pueblo? Decidle que venga á
escuchar la voz del que ha clamado en el
desierto árido y en los palacios áureos de
los reyes.

SALOMÉ

(A. Narraboth.) ¿De quién habla?

NARRABOTH

No se sabe nunca, princesa.

JOKANAÁN

¿Dónde está la que, habiendo visto imá-
genes de caldeos desnudos, pintadas sobre
los muros, se ha dejado llevar de la concu-
piscencia de sus ojos y ha enviado embaja-
dores á Caldea? (2).

(1) Sucesivamente: Profecía. — Salomé II. —
Jokanaán.—Salomé I.—Tinieblas.—Predicación.—
Ansia sensual.

(2) Protesta de Jokanaán.

SALOMÉ

(*En voz baja.*) Habla de mi madre...

NARRABOTH

No, princesa. Está delirando.

SALOMÉ

Sí; habla de mi madre.

JOKANAÁN

¿Dónde está la que se ha entregado á los capitanes asirios? ¿Dónde está la que se ha entregado á los robustos jóvenes de Egipto, que se visten con trajes de lino y jacinto y llevan broqueles de oro y casco de plata? Decidla que se levante del lecho de su impudicia, de su cama incestuosa, que oiga la voz del que prepara el camino del Señor y se arrepienta de sus pecados. Y aunque no se enmiende, decidla que venga, pues el Señor tiene el azote en su mano.

SALOMÉ

(*Cubriéndose la cara con las manos.*) ¡Es espantoso!

NARRABOTH

¡Por favor, princesa; no permanezcáis más en este sitio!

SALOMÉ

¡Sus ojos son terribles! (1). Son como las cavernas oscuras en que habitan los dragones, ó bien como lagos negros agitados por

(1) Ojos de Jokanaán.—Sedución.

lunas fantásticas. ¿Creéis que seguirá hablando?

NARRABOTH

(*Insinuante.*) ¡No permanezcáis más tiempo aquí, princesa, os lo suplico!

SALOMÉ

¡Y qué delgado está! Parece una fina imagen de marfil. Estoy cierta de que es casto como la luna. Fría como el marfil debe de ser su carne. Quiero verle de cerca.

NARRABOTH

¡Princesa, princesa!

JOKANAÁN

¿Quién es esa mujer que me mira? ¡no quiero que me mire! ¿Por qué me mira con sus ojos de oro que brillan bajo párpados dorados?... No sé quién es; no quiero saberlo. ¡Decidla que se marche; no es á ella á quien quiero hablar!

SALOMÉ

Soy Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea.

JOKANAÁN

¡Atrás, hija de Babilonia! ¡No te acerques al elegido del Señor. Tu madre ha manchado la tierra con el oprobio de sus iniquidades, y el clamor de sus pecados ha llegado hasta los oídos de Dios.

SALOMÉ

(*Contemplándole.*) Prosigue, Jokanaán.
¡Habla! Tu voz me embriaga...

NARRABOTH

¡Princesa, princesa, princesa!

SALOMÉ

¡Sigue hablando, Jokanaán... y dime lo que debo hacer!

JOKANAÁN

¡No te acerques, hija de Sodoma! Cubre tu rostro con un velo, pon ceniza sobre tu cabeza, y ve al desierto en busca del Hijo del Hombre.

SALOMÉ

¿Quién es el Hijo del Hombre? ¿Es tan hermoso como tú, Jokanaán?

JOKANAÁN

¡Atras! Oigo al ángel de la muerte batir sus alas sobre el palacio.

NARRABOTH

¡Princesa, os suplico que entréis! (*Señalando el palacio.*)

SALOMÉ

(*Con frenesí.*) ¡Jokanaán! Estoy enamorada de tu cuerpo, que es blanco como el lirio de la pradera nunca hollada por la planta del segador. Tu cuerpo es blanco como la nieve de los montes de Judea. No son tan blancas como tu cuerpo las rosas

que florecen en el jardín de la reina de Arabia, ni los pies de la aurora cuando caminan leves sobre el follaje, ni el disco de la luna cuando se refleja sobre la llanura del mar... ¡Nada hay en el mundo de una blancura comparable á la de tu cuerpo! Déjame tocarlo ¡solamente tocarlo!

JOKANAÁN

¡Atrás, hija de Babilonia, atrás! ¡El mal vino á la tierra por culpa de la mujer! ¡No me hables, no quiero escucharte! ¡Sólo tengo oídos para la palabra del Señor!

SALOMÉ

Tu cuerpo es inmundo, como el del leproso. Parece una pared de yeso, por donde pasaron víboras, y en la que anidaron escorpiones; como un sepulcro lleno de podredumbre. ¡Oh, qué horrible es tu cuerpo!... ¡Sólo tus cabellos me gustan, Jokanaán! Tus cabellos, que se parecen á los racimos negros que cuelgan de las viñas de Edom, ó á los grandes cedros del Líbano, que dan sombra á los leones y amparo al malhechor. Las noches largas y profundas, cuando la luna se esconde y las estrellas no esplenden, son menos negras que tus cabellos. No es tan negro el silencio que puebla las selvas. Nada hay en el mundo tan negro como tus cabellos. ¡Déjame que los toque!

JOKANAÁN

¡Atrás, atrás, hija de Sodoma! ¡No te acerques á mí! ¡El templo del Señor no debe profanarse!

SALOMÉ

Tus cabellos son horrorosos. Están cubiertos de polvo y cieno. Parecen una corona de espinas sobre tu frente; como si un nido de sierpes se enroscase á tu cuello. No me gustan tus cabellos. Estoy enamorada de tu boca, Jokanaán (1). Tu boca es como una cinta de escarlata en torre de marfil. Como granada abierta con cuchillo de plata. No son tan rojas como ella las flores del granado que nace en los jardines de Tiro. Su color es más vivo que el de las mismas rosas. Menos encarnados son que tu boca, los gritos rojos de las trompas que anuncian la llegada de los reyes y ponen espanto en las huestes enemigas. Tu boca es más encarnada que los pies que huellan la uva en el lagar; más roja que las patas de las palomas del templo. Es tu boca como la ramá de coral en el crepúsculo del mar; como el bermellón que los de Moab extraen y que los reyes les arrebatan. Nada existe tan rojo como tu boca... ¡Deja que la bese!

(1) Voluptuosidad.

JOKANAÁN

¡Jamás, hija de Babilonia! ¡Hija de Sodomá, jamás!

SALOMÉ

¡Quiero besar tu boca, Jokanaán! ¡Yo besaré tu boca! (1).

NARRABOTH

(*Con desesperación.*) ¡Princesa, princesa! ¡Tú, que eres como un grumo de mirra; tú, que eres la paloma de las palomas, no mireés á ese hombre, ni le digas esas palabras que no puedo sufrir!

SALOMÉ

¡He de besar tu boca, Jokanaán! ¡He de besar tu boca! (*Lanzándose para abrazarle.*)

NARRABOTH

¡Ah! (*Se mata, y cae entre Salomé y Jokanaán.*)

SALOMÉ

(*Indiferente ante el cadáver de Narraboth.*) ¡Déjame besar tu boca, Jokanaán!

JOKANAÁN

¿No tienes miedo, hija de Herodías?

(1) El beso.

SALOMÉ

¡Déjame besar tu boca!

JOKANAÁN

¡Hija del adulterio! Un hombre hay, que puede salvarte. Ve á buscarle: le hallarás en un bajel por el mar de Galilea, conversando con sus discípulos. Ponte de hinojos en la orilla, llámale por su nombre y él irá hacia ti, pues á ninguno que confiese le llama, desoye. Arrójate á sus pies y pídele la remisión de tus pecados.

SALOMÉ

(*Desesperada.*) ¡Déjame, déjame besar tu boca!

JOKANAÁN

¡Maldita seas, hija de madre incestuosa, maldita seas!

SALOMÉ

¡Te besaré en la boca, Jokanaán!

JOKANAÁN

¡No quiero verte más! ¡No te volveré á ver! ¡Maldita seas Salomé! ¡maldita eres!
(*Baja á la cisterna.*) (1).

(1) En la rápida superposición de temas aparecen aquí como nuevos: Sentencia de muerte.—Venganza de Salomé.

ESCENA IV

(*Del salón de los festines, salen Herodes y Herodías, seguidos de un grupo de judíos y esclavos.*)

HERODES

(*Entrando.*) ¿Dónde está Salomé? ¿Dónde está la princesa? ¿Por qué no ha vuelto al festín, como la había mandado?... ¡Ah, hela ahí! (*Viéndola acurrucada sobre la cisterna.*) (1).

HERODÍAS

No la miréis más. ¡La estáis mirando siempre!

HERODES

La luna ofrece esta noche un aspecto extraño. ¿Muy extraño, no es cierto? Diríase una cortesana histérica que busca amantes. Vacila como una mujer beoda.

HERODÍAS

No; la luna no se parece más que á la luna y no á otra cosa. Volvamos adentro.

HERODES

Quiero estar aquí. ¡Manassés! pon tapices ahí. Enciéndanse antorchas. Voy á beber más vino con mis huéspedes.

(1) Herodes I.—Mirada de Herodes.—Herodes II.

HERODES

(*Resbalando al andar, sobre la sangre de Narraboth.*) ¡Ah! ¡Sobre sangre he resbalado! ¡mal agüero! Pero ¿qué sangre es ésta? Y este cadáver, ¿de quién es? ¡Oh, no quiero mirarlo!... (1).

SOLDADO 1.º

Es nuestro capitán, señor.

HERODES

No he dado orden de que se le matara.

SOLDADO 2.º

Se ha matado él mismo, señor.

HERODES

Me sorprende. Era un hombre hermoso y recuerdo haberle visto mirar á Salomé con ternura. ¡Lleváoslo! (*Sacan el cadáver de la terraza.*) ¡Aquí hace frío y viento! ¿Verdad que sopla el viento?

HERODÍAS

No, no sopla el viento.

HERODES

Sí, sí. También llega á mis oídos el rumor de algo como un batir de alas que se agitan en el aire. ¿No lo oís?

HERODÍAS

Nada se oye.

(1) Terror de Herodes. — Mandato de Herodes.

HERODES

Tampoco las oigo ya; pero antes las he oído... Sería el viento quizá, pero ya cesó... ¡Ah! ¡Otra vez vuelven á oirse! ¡No oís vosotros? Es como el batir de unas alas gigantescas.

HERODÍAS

Sin duda estáis enfermo. Vámonos adentro.

HERODES

No estoy enfermo. Lo está vuestra hija. No la he visto nunca tan pálida.

HERODÍAS

Os he dicho que no la miréis.

HERODES

Llenad de vino las copas. (*Le sirven.*) Salomé, ven á beber en mi compañía; un vino incomparable que me ha enviado el César. Moja en él siquiera tus diminutos y rojos labios, y yo apuraré el resto.

SALOMÉ

No tengo sed, Tetrarca.

HERODES

(*A Herodías.*) ¡Oís cómo me contesta vuestra hija?

HERODÍAS

Tiene razón. ¡A qué mirarla continuamente?

HERODES

Traed fruta. (*La traen.*) Salomé, cata mi fruta, pues me agradará ver en ella la señal de tus menudos dientes (1). Muerde esta fruta, y comeré el resto.

SALOMÉ

No tengo hambre, Tetrarca.

HERODES

(*A Herodías.*) ¿Así la habéis educado?

HERODÍAS

Mi hija y yo somos de estirpe real, y tú eres nieto de un ladrón que guardaba camellos.

HERODES

Salomé, siéntate á mi lado; yo te daré el trono de tu madre.

SALOMÉ

No estoy cansada, Tetrarca.

HERODÍAS

(*A Herodes.*) Ya véis el aprecio que os tiene.

HERODES

Traed... ¿Qué iba yo á pedir?... ¡No me acuerdo... ¡Ah, sí!...

LA VOZ DE JOKANAÁN

Lo que profeticé se ha cumplido, dice el Señor. Llegó el día vaticinado.

(1) Mordisco de los dientes blancos.

HERODÍAS

¡Hacedle callar!; no quiero oír á ese hombre; vomita siempre injurias contra mí...

HERODES

Nada dice contra vos. Es un gran profeta.

HERODÍAS

No creo en los profetas. Sé que os amedrenta.

HERODES

No tengo miedo de nadie.

HERODÍAS

¿Si le teméis, por qué no le entregáis á los judíos que lo reclaman desde hace tantos meses?

JUDÍO 1.º

Ciertamente, señor; harías muy bien en entregárnoslo.

HERODES

Basta. No quiero entregarlo. Es un hombre que ha visto á Dios...

JUDÍO 1.º

¡Imposible! Nadie le ha vuelto á ver después del profeta Elías. Dios no ha vuelto á presentarse. De ahí que tantas calamidades aflijan á nuestro pueblo.

JUDÍO 2.º

Y aún se duda de si el profeta Elías vió realmente á Dios ó á su sombra.

JUDÍO 3.º

Dios no se oculta nunca. Está en todo, así en el bien como en el mal.

JUDÍO 4.º

¡Vaya un desatino! Ese sofisma descabellado procede de la escuela de Alejandría, donde se enseña la filosofía griega, y los griegos son gentiles.

JUDÍO 5.º

No se puede saber de qué modo influye Dios en las cosas. Su acción es misteriosa. Hay, pues, que acatar sus designios fatales.

JUDÍO 1.º

Decís verdad; Dios es terrible. Ese hombre no ha visto á Dios. Nadie le ha vuelto á ver desde que se apareció al profeta Elías. (*Los judíos disputan vivamente repitiendo sus argumentos.*) (1).

HERODÍAS

¡Decid á esos hombres que se callen!

HERODES

He oído decir que Jokanaán es el mismo profeta Elías.

(1) Los siete temas de los judíos en tonalidad diversa.

JUDÍO 1.º

¡No es posible! Desde su tránsito por la tierra han pasado ya tres siglos.

NAZARENO 1.º

Yo, por mi parte, creo que es Elías.

JUDÍO 1.º

Os engañáis; no es Elías.

LA VOZ DE JOKANAÁN

¡Ha llegado ya la hora de las profecías, y oigo resonar en la montaña los pasos del que será el Salvador del Mundo!...

HERODES

¿Qué quiere decir el Salvador del Mundo?

NAZARENO 1.º

El Mesías, que ha llegado.

JUDÍO 1.º

¡El Mesías no ha venido aún!

NAZARENO 1.º

Sí llegó, y hace grandes milagros por donde quiera que va.

HERODES

¡Oh, oh! ¿Milagros? No creo en milagros...

NAZARENO 2.º

En una boda que se celebró en una ciudad de Galilea, convirtió el agua de varias

tinajas en vino. Sólo con tocarlos, sanó á dos leprosos (1).

NAZARENO 1.º

Eran ciegos los que curó en Cafarnaum.

NAZARENO 2.º

También ha devuelto la vista á muchos ciegos. Además, le han visto en la montaña conversando con los ángeles.

HERODES

No creo en los milagros.

NAZARENO 1.º

La hija de Jairo estaba muerta y la resucitó.

HERODES -

(*Con terror.*) ¿Resucita á los muertos?

NAZARENO 1.º

Sí, señor; los resucita.

HERODES

No quiero que haga eso... ¡Sería terrible que resucitase á los muertos! Hay que buscar á ese hombre para decirle que le prohíbo terminantemente resucitar á los muertos... ¿En dónde se halla ahora?

NAZARENO 2.º

En todas partes, señor, y, sin embargo, es muy difícil dar con él.

NAZARENO 1.º

Se dice que abandonó Samaria, y creo

(1) Cristo I.—Cumplimiento de la profecía.

que en estos momentos se halla cerca de Jerusalén (1).

HERODES

En fin, hay que decirle que no le consiento resucitar á los muertos. ¡Sería terrible si los muertos resucitasen!

LA VOZ DE JOKANAÁN

¡Oh desvergonzada! ¡Oh mujer impura! ¡Ah! hija de Babilonia con ojos y párpados de oro! Escucha la voz de Dios: “Lanzad contra ella á un tropel de hombres; que el pueblo coja piedras y la lapide!...”

HERODÍAS

¡Haced callar á ese hombre! (2).

LA VOZ DE JOKANAÁN

Que la atraviesen los capitanes con sus espadas y la aplasten con sus broqueles.

HERODÍAS

¡Oh, eso es infame! ¡Que se calle!

LA VOZ DE JOKANAÁN

¡Así el crimen desaparecerá de la haz de la tierra, y las demás mujeres no imitarán sus abominaciones.

HERODÍAS

(A Herodes.) ¿No oís lo que dice de mí? ¿Cómo toleráis que ultraje así á vuestra esposa?

(1) Cristo II.

(2) Herodías.

HERODES

No ha pronunciado vuestro nombre.

LA VOZ DE JOKANAÁN

Aquel día se ennegrecerá el sol; se enrojecerá la luna, y las estrellas caerán sobre el mundo como los higos maduros de la higuera. Los reyes de la tierra sentirán gran pavor y todos temblarán.

HERODÍAS

Ese profeta dice cosas de hombre beodo...
¡No puedo sufrir el sonido de su voz!
¡Mandad que calle!

HERODES

Salomé, baila en mi obsequio (1).

HERODÍAS

(*Con vehemencia.*) ¡No quiero que baile!

SALOMÉ

No tengo ganas de bailar, Tetrarca.

HERODES

Salomé, hija de Herodías, ¡baila por mí!

SALOMÉ

No bailaré, Tetrarca.

HERODÍAS

(*Riendo.*) Ya véis qué bien os obedece (2).

(1) Invitación al baile.

(2) Promesa de Herodes.

LA VOZ DE JOKANAÁN

Le sentará en su trono. Serán de púrpura y escarlata sus vestidos. Mas el ángel del Señor le herirá, y los gusanos roerán su cuerpo.

HERODES

Profunda tristeza me domina hoy. Baila un rato, Salomé; lo pido por merced. Si lo haces, te daré luego cuanto apetezcas. ¡Oh, baila, Salomé! Compláceme y lograrás de mí lo que tú quieras, aunque sea la mitad de mi reino... (1).

SALOMÉ

(*Irguiéndose.*) ¿Me concederéis todo lo que yo pida, Tetrarca?

HERODÍAS

No bailes, hija mía.

HERODES

Todo cuanto me pidas, aunque sea la mitad de mi reino...

SALOMÉ

¿Lo juráis, Tetrarca?

HERODES

Lo juro, Salomé.

HERODÍAS

¡No bailes, hija mía!

(1) Juramento.

SALOMÉ

¿Por qué me lo juráis, Tetrarca?

HERODES

Por mi vida, por mi corona y por mis dioses. ¡Oh, Salomé, Salomé, danza por mí!

SALOMÉ

¿Mantenéis vuestro juramento, Tetrarca?

HERODES

Lo he jurado, Salomé...

HERODÍAS

¡No bailes, hija mía, no bailes!

HERODES

Aunque sea la mitad de mi reino... te daré si lo pides. ¡Oh, cómo realzarían tu belleza, Salomé, las galas suntuosas de una reina! ¡qué hermosa estarías!... Pero qué frío hace aquí; corre un aire sutil y helado que... ¡Ah, otra vez vuelvo á oír ese continuo y agitado rumor de alas. Diríase que un ave negra y monstruosa se cierne sobre la terraza... ¿Pero cómo es que no puedo verla? El batir de sus alas suena en mi oído como eco de un ruido siniestro, y el aire removido rudamente por ellas tórñase frío, muy frío... Mas no, no es frío; ahora es ardoroso! ¡Hace mucho calor! Rocíad con agua mis manos; dadme nieve. Desabrochad mi manto aprisa, aprisa... no; dejadlo. Mi corona es la que me lastima. Son

rosas de fuego. (*Arranca de su cabeza la corona y la tira al suelo.*) ¡Al fin puedo respirar!... En este instante soy dichoso, muy dichoso. ¿Verdad que vas á bailar, Salomé?

HERODÍAS

¡No quiero que baile!

SALOMÉ

Bailaré en vuestro obsequio, Tetrarca.

LA VOZ DE JOKANAÁN

¿Quién viene de Edom y de Bosra vestido con ropas del color de la púrpura y andando con pasos de altiva majestad? ¿Por qué vuestros vestidos son de escarlata?

HERODÍAS

Vámonos de aquí. ¡La voz de ese hombre me irrita! ¡No quiero que mi hija dance mientras grita él de ese modo! ¡No quiero que baile, si seguís mirándola cual lo hacéis! ¡En fin, la prohibo que baile! (*Se levanta para irse.*)

HERODES

No te levantes, esposa y reina mía, que es en vano. No me iré de aquí hasta que haya bailado tu hija. ¡Salomé, danza!

HERODÍAS

¡No bailes, hija mía!

SALOMÉ

¡Estoy pronta, Tetrarca! (1) (*Mientras los músicos comienzan á tocar una danza desenfrenada, Salomé permanece inmóvil todavía; por último, hace una señal á los músicos que, con rápida transición, cambian el ritmo impetuoso en una melodía adormecedora, y Salomé baila la "danza de los siete velos" (2). Al acabar, detiéndose como en éxtasis junto á la cisterna, y después se precipita á los pies de Herodes.*)

HERODES

¡Ah, magnífico, maravilloso! Ya véis cómo ha querido complacerme vuestra hija. Acércate, Salomé; acércate para recibir el premio ofrecido. Pide; ¿qué quieres?

SALOMÉ

(*Arrodillándose ante Herodes.*) Quiero que al punto se me traiga en una bandeja de plata... (3).

HERODES

(*Riéndose.*) ¿En una bandeja de plata? ¿Verdad que es encantadora? ¿y qué quieres que te traigan en una fuente de plata,

(1) Cabeza de Jokanaán.

(2) En la infinita variedad de temas reproducidos y enlazados durante "La danza de los siete velos", aparecen nuevos: Danza I. II. y III.

(3) Bandeja de plata.

mi querida y bella Salomé, tú la más hermosa entre las doncellas de Judea? ¿Qué quieres que te traigan en una fuente de plata? Dílo. Mis tesoros son tuyos. ¿Qué quieres?

SALOMÉ

(*Levantándose.*) La cabeza de Jokanaán.

HERODÍAS

Bien dicho, hija mía.

HERODES

¡No, no! Salomé; ¡no me pidas eso! No hagas caso de tu madre, que sólo da malos consejos. ¡No la hagas caso!

SALOMÉ

No sigo los consejos de mi madre. Pido la cabeza de Jokanaán, por placer mío, en una fuente de plata. ¡Habéis jurado, Herodes; no lo olvidéis!

HERODES

Bien lo sé. ¡He jurado por mis dioses! Mas, Salomé, te ruego que me pidas otra cosa. Pide la mitad de mi reino y te la daré; ¡pero no me pidas eso!...

SALOMÉ

¡Pido la cabeza de Jokanaán!

HERODES

No; ¡no quiero!

SALOMÉ

¡Lo habéis jurado, Tetrarca!

HERODÍAS

Sí, lo habéis jurado y todos lo han oído; pues delante de ellos pronunciásteis vuestro juramento.

HERODES

¡Callad! ¡no hablo con vos!

HERODÍAS

Bien hace mi hija en pedir la cabeza de ese hombre. Ha vomitado insultos contra mí. Así se prueba que mi hija me ama. ¡No cedas, hija mía! ¡Lo ha jurado! ¡Lo ha jurado! (1).

HERODES

¡Callad, es digo! Vamos, Salomé, es necesario ser razonable. Siempre te amé... tal vez más de lo conveniente. No me exijas eso. ¡La cabeza de un decapitado es horrosa! Oye... Tengo una enorme esmeralda, redonda, la mayor del mundo. ¿Verdad que quieres la esmeralda? Pídela y te la daré (2).

SALOMÉ

Sólo pido la cabeza de Jokanaán.

(1) Alegría de Herodías.

(2) Persuasión.—Promesa.

HERODES

¡No me escuchas! ¡Déjame hablar, Salomé!

SALOMÉ

¡La cabeza de Jokanaán!

HERODES

Sólo dices eso para vengarte de mí, porque te estuve mirando toda la noche... Tu hermosura me turba... ¡Oh! ¡Oh!... Dadme vino... Tengo sed... Salomé, Salomé; seamos buenos amigos. Oyeme... ¿Qué iba yo á decir?... ¡Ah, ya me acuerdo!... Salomé... ¿Conoces mis pavos blancos, mis hermosos pavos blancos, que se pasean por el jardín entre los mirtos? Nadie hay en el mundo que posea aves tan maravillosas, ¡ni el mismo César!... Tengo cien, y te los daré todos...

SALOMÉ

¡Dadme la cabeza de Jokanaán!

HERODÍAS

¡Bien dicho, hija mía!... ¡Os ponéis atrozmente ridículo con vuestros pavos!

HERODES

¡Callad! ¡Gritáis como un ave de presa! Vuestra voz me irrita. Os repito que calléis. Salomé, considera lo que me pides... Ese hombre es tal vez un enviado de Dios... ¡El

dedo de Dios ha tocado su frente!... Pues bien, Salomé, ¿deseas que me suceda una desgracia? Tú no puedes querer eso... ¡Escúchame!...

SALOMÉ

¡Quiero la cabeza de Jokanaán!

HERODES

(*En voz baja.*) ¡Ah!... ¡No me escuchas!... Tranquilízate... yo estoy tranquilo... Atiende... Tengo escondidas gran número de joyas que tu madre no ha visto nunca; todas extraordinarias... tengo un collar de perlas con cuatro engarces. Tengo topacios amarillos como los ojos del tigre, rosáceos como los de los pichones y verdes como pupilas felinas. Tengo ópalos que arden siempre con una llama fría; ¡te los daré todos! ¡todos! Tengo crisólitos y berilos, crisopacios y rubíes, sardónices, jacintos y calcedonias. ¡Todo eso te daré, y aún más, si quieres! Tengo un cristal, que no se permite ver á las doncellas... En mi cofrecillo de nácar tengo tres turquesas, que puestas sobre la frente, hacen surgir ideas é imaginar cosas que no existen. Son tesoros inapreciables... En fin, dime qué quieres, Salomé. Te daré cuanto pidas... ¡Menos una cosa, todo te lo daré!... ¡Cuanto poseo será tuyo, si no me pides una vida!... Te daré ¡hasta el manto del Gran Sacerdote y el velo del Santuario!

LOS JUDÍOS

¡Oh! ¡Oh!

SALOMÉ

¡Quiero la cabeza de Jokanaán!

HERODES

(*Dejándose caer sobre su asiento con abatimiento y cólera.*) ¡Que la den lo que pide!... ¡Hija es de su madre!... (*Herodías quita de la mano del Tetrarca el anillo de la muerte y lo entrega á un soldado, el cual lo pone inmediatamente en manos del verdugo.*) ¡Quién me ha cogido mi anillo?... (*El verdugo baja al interior de la cisterna.*) En mi mano derecha había un anillo... ¡Quién se ha bebido mi vino?... En mi copa había vino!... Estaba llena de vino. ¡Lo ha bebido alguien?... ¡Oh!... Estoy seguro de que nos amaga algún terrible infortunio...

SALOMÉ

(*Inclinada sobre el pretil de la cisterna.*) ¡No se oye nada! ¡Por qué no grita ese hombre?... ¡Ah!... Si alguno viniera á matarme, yo gritaría y me defendería... (1), Hiere, hiere, Naamán!... ¡Hiere, te digo!... No oigo nada... ¡Este silencio es angustioso! ¡Ah!... Algo ha caído al suelo... Sí... es la cuchilla del verdugo... ¡Ese esclavo tie-

(1) Sentencia de muerte.

ne miedo!, ¡se le cae la cuchilla!... ¡Es un cobarde y no se atreve á matarle!... Enviaré soldados. (*Al paje de Herodías.*) ¡Ven aquí! Eras amigo del que ha muerto, ¿no es así? Pues bien, ¡aún no hay bastantes muertos! ¡Di á los soldados que bajen á la cisterna y que me traigan lo que es mío!... ¡Lo que el Tetrarca me ha prometido, me pertenece! (*El paje retrocede. Dirigiéndose á los soldados.*) ¡Venid, soldados!... ¡Bajaad á la cisterna y traedme la cabeza de ese hombre! (*Los soldados retroceden también.*) ¡Tetrarca, Tetrarca! ¡Ordenad á vuestros soldados que me traigan la cabeza de Jokanaán!...

(*A este tiempo un musculoso brazo negro, el brazo del verdugo, asoma por la boca de la cisterna, sosteniendo una fuente de plata, sobre la cual aparece la cabeza de Jokanaán. Herodes cúbrese la cara con el manto. Herodías sonrío y se abanica. Los nazarenos se arrodillan y oran.*)

¡Ah! ¿No has querido dejarme besar tu boca, Jokanaán? ¡Pues bien!... Ahora la besaré, la morderé con mis dientes, como se muerde el fruto apetecido... ¡Sí! Ahora besaré tu boca Jokanaán ¡ya te lo he dicho!... ¿Mas por qué no me miras, Jokanaán? Tus ojos, tus terribles ojos, tan llenos de cólera y desprecio, están cerrados. ¡Abrelos! ¡Levanta tus párpados, Jokanaán!... ¿Por qué no me miras? ¿Me temes? ¿Por

qué no quieres mirarme?... ¡Y tu lengua, Jokanaán? ¡Cómo es que no se agita ya esa víbora roja que vomitó su veneno sobre mí? Me has tratado como una cortesana, á mí!... ¡á Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea!... Y, sin embargo, Jokanaán, ¡yo vivo todavía y tú estás muerto! ¡Y tu cabeza me pertenece!... ¡Puedo hacer de ella lo que me plazca!... ¡Puedo arrojarla á los perros ó entregarla á las aves de rapiña!... (1). ¡Ah, Jokanaán, Jokanaán!... ¡Tú eras hermoso. Tu cuerpo era columna de marfil, sobre zócalo de plata. Nada en el mundo tan blanco como tu cuerpo; nada tan negro como tus cabellos; nada tan rojo como tu boca. Era tu voz como incensario que exhala extraños perfumes, y cuando te escuché oí en lo profundo de mi alma una música infinita! (2). ¡Ah! ¡Por qué no me miraste, Jokanaán? Cubriste tus ojos con la venda del que anhela ver á su Dios. ¡Ya le has visto, pero á mí no! ¡No! ¡Si me hubieras visto, me habrías amado! Tengo hambre de tu cuerpo. Tengo sed de tu boca. Ni el vino ni la fruta son bastantes á saciar mi deseo. ¡Qué hacer ahora, Jokanaán? No basta toda el agua de los ríos ni de los lagos para mitigar mi pasión. ¡Ah! ¡Por qué no quisiste mirarme, Jokanaán? ¡Si

(1) Triunfo de Salomé.

(2) Transfiguración del Amor.

me hubieses visto, me habrías adorado!
¡Segura estoy! ¡El misterio del Amor es
más profundo todavía que el misterio de la
Muerte!

HERODES

(*A Herodías.*) Vuestra hija es un monstro.
¡Vámonos!

HERODÍAS

Apruebo lo que ha hecho y aquí permanezco.

HERODES

(*Levantándose.*) ¡Habla en ti la mujer incestuosa!... ¡Ven!... ¡Te digo que vengas... estoy seguro de que nos amenaza una desgracia! ¡Manasés!... ¡Isacar!... ¡Oseas! ¡Apagad las antorchas! ¡Apagad las antorchas!... ¡Ocultad la luna!... ¡Ocultad las estrellas!... ¡Escondámonos en lo más profundo del palacio!... ¡Nos amenaza la desgracia!

(*Los soldados apagan las luces. Una gran nube oculta la luna. La escena queda del todo á obscuras.*)

SALOMÉ

¡Ah! ¡He besado tu boca, Jokanaán; he besado tu boca!... En tus labios había un sabor acre... ¿Es quizás el sabor de la sangre? ¡Acaso sea el sabor del amor! Dicen que el amor tiene sabor acre... Mas ¿qué im-

porta?... ¡Qué importa?... ¡He besado tu boca, Jokanaán; he besado tu boca!...

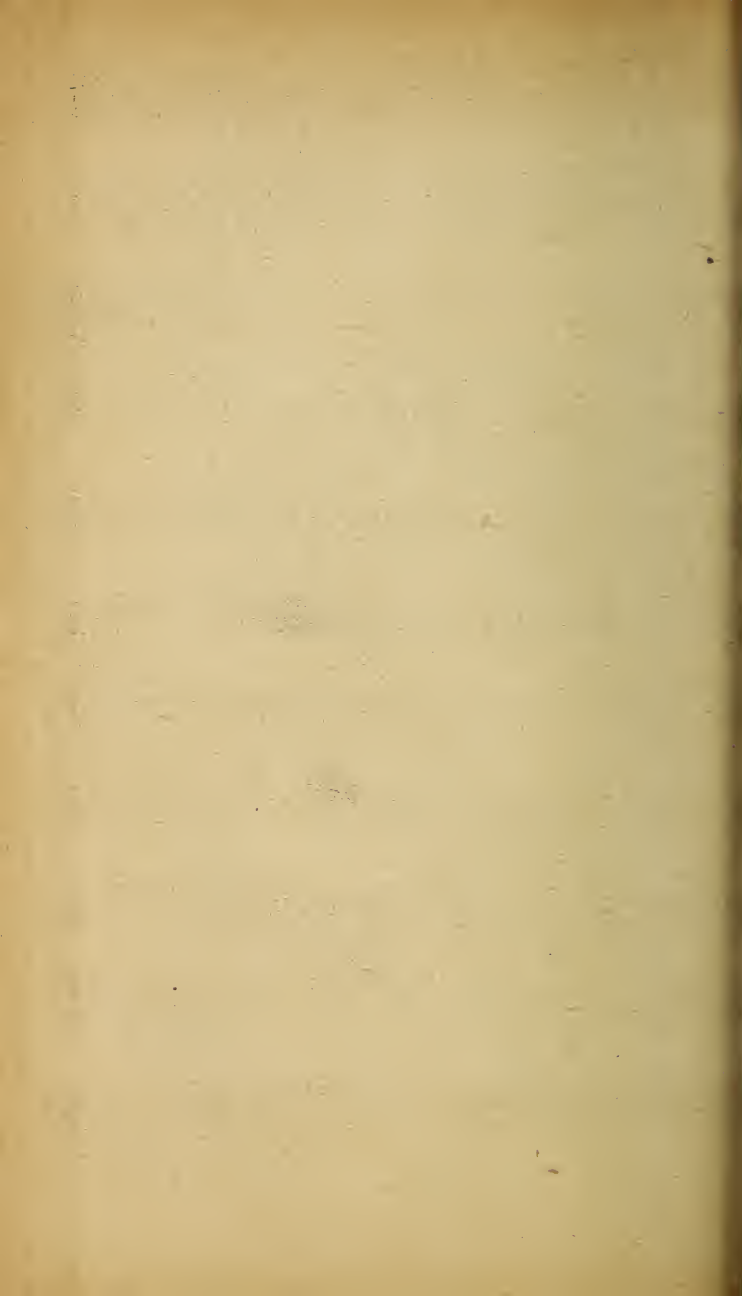
(Un rayo de luna pasando entre las nubes cae sobre Salomé, bañándola de luz plácida.)

HERODES

(Volviéndose y señalando á Salomé.)
¡Aplastad á esa mujer!

(Los soldados se abalanzan contra Salomé y la aplastan con sus broqueles. Cae el telón.)

De la exposición temática del libro de Otto Taubmann, hemos extractado el siguiente cuadro de temas fundamentales del drama musical de Strauss; para que pueda servir de guía al lector de su partitura y al oyente en su representación.



de
SALOMÉ

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55.

1. Cumplimiento de la profecía.
2. Anunciación del Basílico.
3. Voluptuosidad.
4. El beso.
5. Bandeja de plata.
6. Cabeza de Jokanaán.
7. Cisterna.
8. Cristo I.
9. Cristo II.
10. Ansia sensual.
11. Danza I.
12. Danza II.
13. Danza III.
14. Danza IV.
15. Perplejidad de Herodes.
16. Terror de Herodes.
17. Alegría de Herodías.
18. Herodes I.
19. Herodes II.
20. Herodías.
21. Jokanaán el profeta.
22. Judíos I al VII.
23. Juramento de Herodes.
24. Mandato de Herodes.
25. Mirada de Herodes.
26. Nordisco de los dientes blancos.
27. Narraboth.
28. Orden de muerte.
29. Persuasión.
30. Patas de paloma.
31. Placidez.
32. Invitación al baile.
33. Predicación de la penitencia.
34. Profecía del Cristo.
35. Promesa de Herodes.
36. Reconversión del Faje.
37. Reprensión de Jokanaán.
38. Protesta de Jokanaán.
39. Salomé I.
40. Salomé II.
41. Reducción.
42. Sentencia de muerte.
43. Angustia de Salomé.
44. Tinieblas.
45. Transfiguración del Amor.
46. Triunfo de Salomé.
47. Ojos de Jokanaán.
48. Venganza de Salomé.
49. Voluntad de Salomé.

OBRA IMPORTANTE

RICARDO WAGNER

LA TETRALOGÍA

de

EL ANILLO DE NIBELUNGO

El oro del Rhin-La Walkyria

SIGFREDO

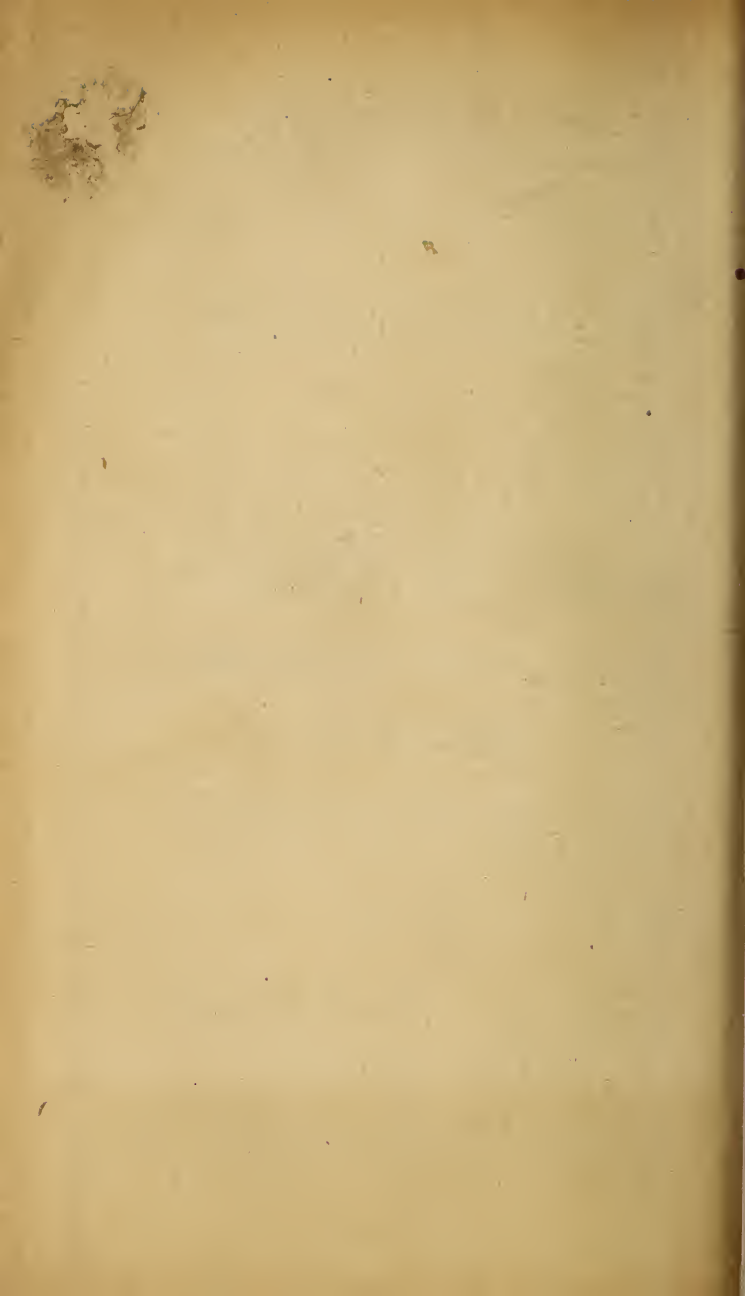
El ocaso de los dioses

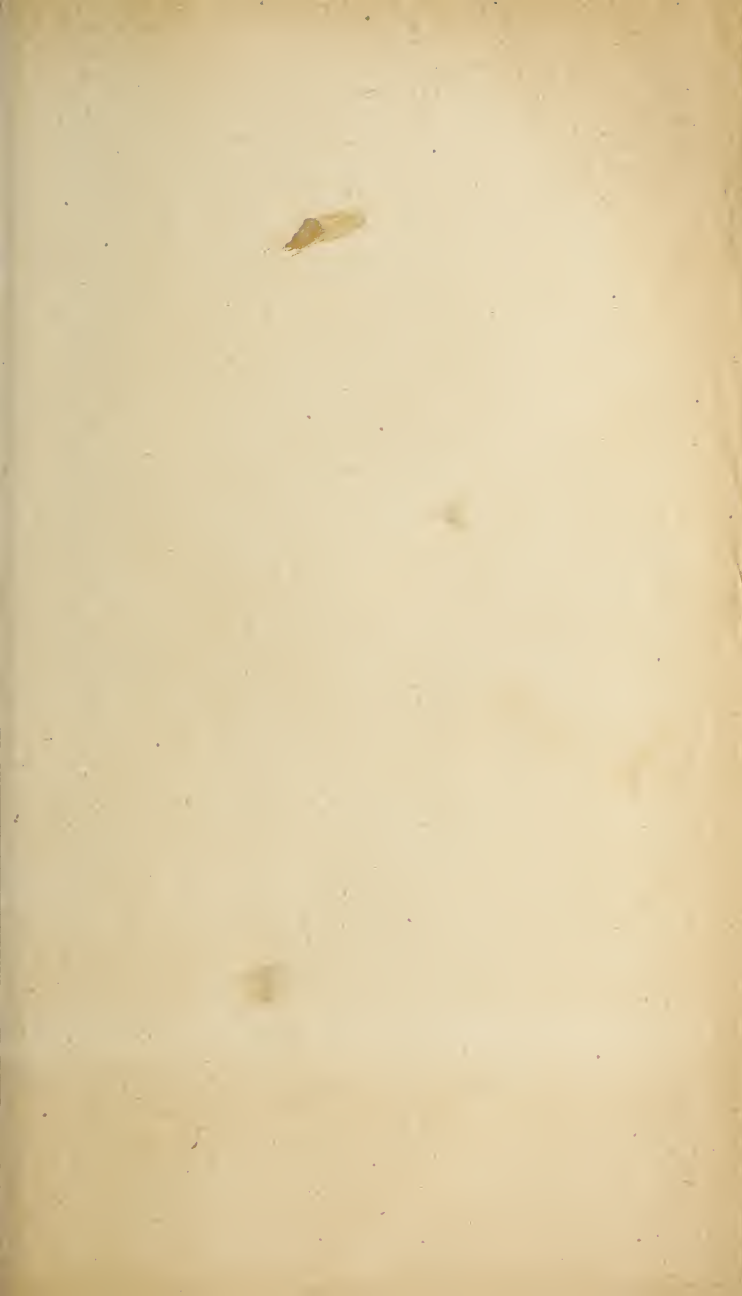
TRADUCCIÓN CASTELLANA

LITERAL Y EN PROSA

de

LUIS PARIS







TRADUCCIÓN DEL LIBRO DE

1 pta.

OSCAR WILDE
